

cuenta escudos: están recibidos treinta á buena cuenta. Secutor, Chiquiznaque.

No creo que hay otra, hijo, dijo Monipodio: pasa adelante, y mira donde dice: *Memoria de palos*. Volvió la hoja Rinconete, y vió que en otra estaba escrito: *Memoria de palos*. Y mas abajo decia:

Al bodegonero de la Alfalfa doce palos de mayor cuantía, á escudo cada uno: están dados á buena cuenta ocho: el término seis dias. Secutor, Maniferro.

Bien podia borrarse esa partida, dijo Maniferro, porque esta noche traere finiquito della. ¿Hay mas, hijo? dijo Monipodio. Sí, otra, respondió Rinconete, que dice así:

Al sastre corcobado, que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía á pedimento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado.

Maravillado estoy, dijo Monipodio, cómo todavía está esa partida en ser; sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos dias pasados del término, y no ha dado puntada en esta obra. Yo le topé ayer, dijo Maniferro, y me dijo que por haber estado retirado por enfermo el corcobado, no habia cumplido con su débito. Eso creo yo bien, dijo Monipodio, porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¿Hay mas, mocito? No, señor, respondió Rinconete. Pues pasad adelante, dijo Monipodio, y mirad donde dice: *Memorial de agravios comunes*. Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

Memorial de agravios comunes, conviene á saber: redomazos, untos de miera, clavazon de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicacion de nibeles, etc.

¿Qué dice mas abajo? dijo Monipodio. Dice, dijo Rinconete, *unto de miera en la casa*. No se lea la casa, que ya yo sé dónde es, respondió Monipodio, y yo soy el tuantem y esecutor de esa niñería, y están dados á buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho. Así es la verdad, dijo Rinconete, que todo eso está aquí escrito; y aun mas abajo dice: *clavazon de cuernos*. Tampoco se lea, dijo Monipodio, la casa, ni adónde, que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia: á lo ménos mas querria yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como se me pagase mi trabajo, que decillo sola una vez, aunque fuese á la madre que me parió. El esecutor desto es, dijo Rinconete, el Narigueta. Ya está eso hecho y pagado, dijo Monipodio; mirad si hay mas, que si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos: está dada la mitad, y el esecutor es la comunidad toda, y el término es todo el mes en que estamos, y cumplirás al pié de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos á esta parte: dadme el libro, mancebo, que yo sé que no hay mas, y sé tambien que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer mas de lo que quisiéremos; que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de

hacer nosotros que se venga nadie por fuerza; quanto mas, que cada uno en su causa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos. Así es, dijo á esto el Repolido. Pero mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda, que se va haciendo tarde, y va entrando el calor mas que de paso. Lo que se ha de hacer, respondió Monipodio, es que todos se vayan á sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntaremos en este mismo lugar, y se repartirá todo lo que hubiere caido, sin agraviar á nadie. A Rinconete el bueno y á Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo, desde la torre del Oro por defuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar á sentadillas con sus flores: que yo he visto á otros de ménos habilidad que ellos salir cada dia con mas de veinte reales en menudos, amen de la plata, con una baraja sola, y esa con cuatro naipes ménos: este distrito os enseñará Gancho; y aunque os extendais hasta San Sebastian y Santelmo, importa poco, puesto que es justicia mera mista, que nadie se entre en pertenencia de nadie. Besáronte la mano los dos por la merced que se les hacia, y ofreciéronse á hacer su oficio bien y fielmente, con toda diligencia y recato: Sacó en esto Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo á Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no habia tintero le dió el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: Rinconete y Cortadillo cofrades: noviciado ninguno: Rinconete floreó, Cortadillo bajon, y el dia, mes y año, callando padres y patria. Estando en esto entró uno de los viejos abispones, y dijo: Vengo á decir á vuestas mercedes como agora topé en Gradas á Lobillo el de Málaga, y dícame que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naipe limpio quitará el dinero al mismo Satanas, y que por venir maltratado no viene luego á registrarse, y á dar la sólita obediencia; pero que el domingo será aquí sin falta. Siempre se me asentó á mí, dijo Monipodio, que este Lobillo habia de ser único en su arte, porque tiene las mejores y mas acomodadas manos para ello, que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le ejercita, como el ingenio con que le aprende. Tambien topé, dijo el viejo, en una casa de posadas en la calle de Tintores, al judío en hábito de clérigo, que se ha ido á posar allí, por tener noticia que dos peruleros viven en la misma casa, y querria ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad, que de allí podria venir á mucha: dice tambien que el domingo no faltará de la junta y dará cuenta de su persona. Ese judío tambien, dijo Monipodio, es gran sacre, y tiene gran conocimiento; dias ha que no le he visto, y no lo hace bien; pues á fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona, que no tiene mas órdenes el ladron, que las que tiene el turco, ni sabe mas latin que mi madre: ¿hay mas de nuevo? No, dijo el viejo, á lo ménos que yo sepa. Pues sea en buen hora, dijo Monipodio; voacedes tomen esta miseria, y repartió entre todos hasta cuarenta reales, y el domingo no falte nadie, que no faltará nada de lo corrido. Todos le volvieron las gracias: tornáronse á abrazar Repolido y la Cariharta: la Escalanta con Maniferro, y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando

que aquella noche despues de haber alzado de obra en la casa, se viesen en la de la Pipota, donde tambien dijo que iria Monipodio al registro de la canasta de colar, y que luego habia de ir á cumplir y borrar la partida de la miera: abrazó á Rinconete y á Cortadillo, y echándoles su bendicion los despidió, encargándoles que no tuviesen jamas posada cierta, ni de asiento, porque asi convenia á la salud de todos. Acompañólos Gancho hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo, porque á lo que creia y pensaba, Monipodio habia de leer una lición de oposicion acerca de las cosas concernientes á su arte. Con esto se fué, dejando á los dos compañeros admirados de lo que habian visto. Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenia un buen natural, y como habia andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabia algo de buen lenguaje, y dábale gran risa pensar en los vocablos que habia oido á Monipodio y á los demas de su compañía y bendita comunida; y mas cuando por decir *per modum sufragii*, habia dicho por modo de naufragio; y que sacaban el estupendo, por decir estipendio, de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un marinero de Tarpeya y un tigre de Ocaña, por decir Hircania, con otras mil impertinencias: especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que habia pasado en ganar los veinte

y cuatro reales, lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados; y sobre todo le admiraba la seguridad que tenían y la confianza de irse al cielo con no faltar á sus devociones, estando tan llenos de hurtos, y de homicidios y ofensas de Dios: y refase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada, guardada en su casa, y se iba á poner las candelillas de cera á las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida: no ménos le suspendia la obediencia y respeto que todos tenían á Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado: consideraba lo que habia leído en su libro de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban: finalmente, exageraba cuán descuidada justicia habia en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivia en ella gente tan pernicioso y tan contraria á la misma naturaleza; y propuso en sí de aconsejar á su compañero no durase mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta; pero con todo esto, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden mas larga escritura, y así se deja para otra ocasion contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideracion, y que podrán servir de ejemplo y aviso á los que los leyeren.

LA ESPAÑOLA INGLESA.

ENTRE los despojos que los ingleses llevaron de la ciudad de Cádiz, Clotaldo, un caballero inglés, capitán de una escuadra de navios, llevó á Lóndres una niña de edad de siete años, poco mas ó ménos, y esto contra la voluntad y sabiduría del conde de Essex, que con gran diligencia hizo buscar la niña para volvérsela á sus padres, que ante él se quejaron de la falta de su hija, pidiéndole que pues se contentaba con las haciendas y dejaba libres las personas, no fuesen ellos tan desdichados, que ya que quedaban pobres quedasen sin su hija, que era la lumbré de sus ojos, y la mas hermosa criatura que habia en toda la ciudad. Mandó el conde echar bando por toda su armada, que so pena de la vida volviere la niña, cualquiera que la tuviese; mas ningunas penas ni temores fueron bastantes á que Clotaldo la obedeciese, que la tenia escondida en su nave, aficionado, aunque cristianamente, á la incomparable hermosura de Isabela, que así se llamaba la niña. Finalmente, sus padres se quedaron sin ella, tristes y desconsolados, y Clotaldo alegre sobre modo llegó á Lóndres, y entregó por riquísimo despojo á su mujer á la hermosa niña. Quiso la buena suerte que todos los de la casa de Clotaldo eran católicos secretos, aunque en lo público mostraban seguir la opinion de su reina. Tenia Clotaldo un hijo llamado Ricaredo, de edad de doce años, enseñado de sus padres á amar y temer á Dios, y á estar muy entero en las verdades de la fe católica. Catalina, la mujer de Clotaldo, noble, cristiana y prudente señora, tomó tanto amor á Isabela, que como si fuera su hija la criaba, re-

galaba é industriaba; y la niña era de tan buen natural, que con facilidad aprendia todo cuanto le enseñaban: con el tiempo y con los regalos fué olvidando los que sus padres verdaderos le habian hecho; pero no tanto que dejase de acordarse y de suspirar por ellos muchas veces; y aunque iba aprendiendo la lengua inglesa, no perdía la española, porque Clotaldo tenia cuidado de traerle á casa secretamente españoles que hablasen con ella; desta manera, sin olvidar la suya, como está dicho, hablaba la lengua inglesa como si hubiera nacido en Lóndres: despues de haberle enseñado todas las cosas de labor, que puede y debe saber una doncella bien nacida, la enseñaron á leer y escribir mas que medianamente; pero en lo que tuvo extremo fué en tañer todos los instrumentos que á una mujer son lícitos, y esto con toda perfeccion de música, acompañándola con una voz que le dió el cielo tan extremada, que encantaba cuando cantaba. Todas estas gracias, adquiridas y puestas sobre la natural suya, poco á poco fueron encendiendo el pecho de Ricaredo, á quien ella como á hijo de su señor queria y servia: al principio le saltó amor con un modo de agradarse y complacerse de ver la singular belleza de Isabela, y de considerar sus infinitas virtudes y gracias, amándola como si fuera su hermana, sin que sus deseos saliesen de los términos honrados y virtuosos. Pero como fué creciendo Isabela, que ya cuando Ricaredo ardia, tenia doce años, aquella benevolencia primera, y aquella complacencia y agrado de mirarla, se volvió en ardentísimos deseos de gozarla y

de poseerla : no porque aspirase á esto por otros medios que por los de ser su esposo , pues de la incomparable honestidad de Isabela (que así la llamaban ellos) no se podía esperar otra cosa , ni aun él quisiera esperarla aunque pudiera ; porque la noble condición suya y la estimación en que á Isabela tenía , no consentían que ningún mal pensamiento echase raíces en su alma : mil veces determinó manifestar su voluntad á sus padres , y otras tantas no aprobó su determinación , porque él sabía que le tenían dedicado para ser esposo de una muy rica y principal doncella escocesa , asimismo secreta cristiana como ellos ; y estaba claro , según él decía , que no habían de querer dar á una esclava (si este nombre se podía dar á Isabela) lo que ya tenían concertado de dar á una señora : y así perplejó y pensativo , sin saber qué camino tomar para venir al fin de su buen deseo , pasaba una vida tal , que le puso á punto de perderla ; pero pareciéndole ser gran cobardía dejarse morir sin intentar algún género de remedio á su dolencia , se animó y esforzó á declarar su intento á Isabela . Andaban todos los de su casa tristes y alborotados por la enfermedad de Ricaredo , que de todos era querido , y de sus padres con el extremo posible , así por no tener otro , como porque lo merecía su mucha virtud y su gran valor y entendimiento : no le acertaban los médicos la enfermedad , ni él osaba ni quería descubrirla . En fin , puesto en romper por las dificultades que él se imaginaba , un día que entró Isabela á servirle , viéndola sola , con desmayada voz y lengua turbada le dijo : Hermosa Isabela , tu valor , tu mucha virtud y grande hermosura me tienen como me ves ; si no quieres que deje la vida en manos de las mayores penas que pueden imaginarse , responde el tuyo á mi buen deseo , que no es otro que el de recibirte por mi esposa á hurto de mis padres , de los cuales temo que , por no conocer lo que yo conozco que mereces , me han de negar el bien que tanto me importa : si me das la palabra de ser mía , yo te la doy desde luego como verdadero y católico cristiano de ser tuyo ; que puesto que no llegue á gozarte , como no llegaré hasta que con bendición de la Iglesia y de mis padres sea , aquel imaginar que con seguridad eres mía , será bastante á darme salud y á mantenerme alegre y contento hasta que llegue el feliz punto que deseo . En tanto que esto dijo Ricaredo , estuvo escuchándole Isabela los ojos bajos , mostrando en aquel punto que su honestidad se igualaba á su hermosura , y á su mucha discreción su recato ; y así viendo que Ricaredo callaba , honesta , hermosa y discreta le respondió desta suerte : Despues que quiso el rigor ó la clemencia del cielo (que no sé á cuál destos extremos lo atribuya) quitarme á mis padres , señor Ricaredo , y darme á los vuestros , agradecida á las infinitas mercedes que me han hecho , determiné que jamás mi voluntad saliese de la suya , y así sin ella tendría no por buena , sino por mala fortuna la inestimable merced que queréis hacerme ; si con su sabiduría fuere yo tan venturosa que os merezca , desde aquí os ofrezco la voluntad que ellos me dieren , y en tanto que esto se dilate , ó no fuere , entretenga vuestros deseos saber que los míos serán eternos y limpios en deseáros el bien que el cielo puede daros . Aquí puso silencio Isabela á sus honestas y discretas razones , y allí comenzó la salud de Ricaredo , y comenzaron á revivir las esperanzas de sus padres , que en su enfermedad

muertas estaban . Despidiéronse los dos cortesmente : él con lágrimas en los ojos , ella con admiración en el alma de ver tan rendida á su amor la de Ricaredo ; el cual levantado del lecho , al parecer de sus padres por milagro , no quiso tenerles mas tiempo ocultos sus pensamientos : y así un día se los manifestó á su madre , diciéndole en el fin de su plática , que fué larga , que si no le casaban con Isabela , que el negársela y darle la muerte era todo una misma cosa : con tales encarecimientos subió al cielo las virtudes de Isabela Ricaredo , que le pareció á su madre que Isabela era la engañada en llevar á su hijo por esposo . Dió buenas esperanzas á su hijo de disponer á su padre á que con gusto viniese en lo que ya ella también venía ; y así fué , que diciendo á su marido las mismas razones que á ella había dicho su hijo , con facilidad le movió á querer lo que tanto su hijo deseaba , fabricando excusas que impidiesen el casamiento que casi tenía concertado con la doncella de Escocia . A esta sazón tenía Isabela catorce , y Ricaredo veinte años , y en esta tan verde y tan florida edad su mucha discreción y conocida prudencia los hacia ancianos .

Cuatro dias faltaban para llegarse aquel en el cual los padres de Ricaredo querían que su hijo inclinase el cuello al yugo santo del matrimonio , teniéndose por prudentes y dichosísimos de haber escogido á su prisionera por su hija , teniendo en mas la dote de sus virtudes que la mucha riqueza que con la escocesa se le ofrecía : las galas estaban ya á punto , los parientes y los amigos convidados , y no faltaba otra cosa sino hacer á la reina sabedora de aquel concierto , porque sin su voluntad y consentimiento entre los de ilustre sangre no se efectúa casamiento alguno ; pero no dudaron de la licencia , y así se detuvieron en pedirla . Digo pues que estando todo en este estado , cuando faltaban los cuatro dias hasta el de la boda , una tarde turbó todo su regocijo un ministro de la reina , que dió un recaudo á Clotaldo , que su Majestad mandaba que otro día por la mañana llevasen á su presencia á su prisionera la española de Cádiz . Respondióle Clotaldo que de muy buena gana haría lo que su Majestad le mandaba . Fuése el ministro , y dejó llenos los pechos de todos de turbación , de sobresalto y miedo . ¡ Ay , decía la señora Catalina , si sabe la reina que yo he criado á esta niña á lo católico , de aquí viene á inferir que todos los desta casa somos cristianos ! pues si la reina le pregunta qué es lo que ha aprendido en ocho años que ha que es prisionera , ¿ qué ha de responder la cuitada que no nos condene , por mas discreción que tenga ? Oyendo lo cual Isabela , le dijo : No le dé pena alguna , señora mia , ese temor , que yo confío en el cielo , que me ha de dar palabras en aquel instante por su divina misericordia , que no solo no os condenen , sino que redunden en provecho vuestro . Temblaba Ricaredo , casi como adivino de algún mal suceso . Clotaldo buscaba modos que pudiesen dar ánimo á su mucho temor , y no los hallaba sino en la mucha confianza que en Dios tenía y en la prudencia de Isabela , á quien encomendó mucho que por todas las vias que pudiese excusase el condenarlos por católicos ; que puesto que estaban prontos con el espíritu á recibir martirio , todavía la carne enferma rehusaba su amarga carrera . Una y muchas veces les aseguró Isabela estuviesen seguros que por su causa no sucedería lo que temían y sospechaban ; porque aunque ella entonces no sabía lo que había de

responder á las preguntas que en tal caso le hiciesen , tenía viva y cierta esperanza que había de responder de modo que , como otra vez había dicho , sus respuestas les sirviesen de abono . Discurrieron aquella noche en muchas cosas , especialmente en que si la reina supiera que eran católicos , no les enviaria recaudo tan manso , por donde se podía inferir que solo quería ver á Isabela , cuya sin igual hermosura y habilidades habrían llegado á sus oídos como á todos los de la ciudad ; pero ya en no habérsela presentado se hallaban culpados , de la cual culpa hallaron seria bien disculparse con decir , que desde el punto que entró en su poder la escogieron y señalaron para esposa de su hijo Ricaredo ; pero también en esto se culpaban , por haber hecho el casamiento sin licencia de la reina , aunque esta culpa no les pareció digna de gran castigo . Con esto se consolaron , y acordaron que Isabela no fuese vestida humildemente como prisionera , sino como esposa , pues ya lo era de tan principal esposo como su hijo . Resueltos en esto , otro día vistieron á Isabela á la española , con una saya entera de raso verde acuchillada , y forrada en rica tela de oro , tomadas las cuchilladas con unas eses de perlas , y toda ella bordada de riquísimas perlas : collar y cintura de diamantes , y con abanico á modo de las señoras damas españolas : sus mismos cabellos , que eran muchos , rubios y largos , entretejidos y sembrados de diamantes y perlas , le servían de tocado . Con este adorno riquísimo , y con su gallarda disposición y milagrosa belleza , se mostró aquel día á Londres sobre una hermosa carroza , llevando colgados de su vista las almas y los ojos de cuantos la miraban . Iban con ella Clotaldo y su mujer , y Ricaredo en la carroza , y á caballo muchos ilustres parientes suyos . Toda esta honra quiso hacer Clotaldo á su prisionera , por obligar á la reina la tratase como á esposa de su hijo . Llegados pues á palacio , y á una gransala donde la reina estaba , entró por ella Isabela , dando de sí la mas hermosa muestra que pudo haber en humana imaginación . Era la sala grande y espaciosa , y á dos pasos se quedó el acompañamiento , y se adelantó Isabela , y como quedó sola , pareció lo mismo que parece la estrella ó exhalación que por la región del fuego en serena y sosegada noche suele moverse , ó bien así como rayos del sol que al salir el día , por entre dos montañas se descubre : todo esto pareció , y aun cometa que pronosticó el incendio de mas de una alma de los que allí estaban , á quien amor abrasó con los rayos de los hermosos soles de Isabela . La cual , llena de humildad y cortesía , se fué á poner de hinojos ante la reina , y en lengua inglesa le dijo : Dé vuestra Majestad las manos á esta su sierva , que desde hoy mas se tendrá por señora , pues ha sido tan venturosa que ha llegado á ver la grandeza vuestra . Estúvola la reina mirando por un buen espacio , sin hablarle palabra , pareciéndole , como despues dijo á su camarera , que tenía delante un cielo estrellado , cuyas estrellas eran las muchas perlas y diamantes que Isabela traía , su bello rostro y sus ojos el sol y la luna , y toda ella una nueva maravilla de hermosura . Las damas que estaban con la reina quisieran hacerse todas ojos , porque no les quedase cosa por mirar en Isabela : cuál alababa la viveza de sus ojos , cuál la color del rostro , cuál la gallardía del cuerpo y cuál la dulzura de la habla , y tal hubo que de pura invidia , dijo : Buena es la española , pero no me contenta el traje . Des-

pues que pasó algún tanto la suspensión de la reina , haciendo levantar á Isabela , le dijo : Habladme en español , doncella , que yo le entiendo bien , y gustaré dello ; y volviéndose á Clotaldo , dijo : Clotaldo , agravo me habeis hecho en tenerme este tesoro tantos años ha encubierto ; mas él es tal que os habrá movido á codicia : obligado estáis á restituírmelo , porque de derecho es mio . Señora , respondió Clotaldo , mucha verdad es lo que vuestra Majestad dice : confieso mi culpa , si lo es haber guardado este tesoro á que estuviese en la perfección que convenía para parecer ante los ojos de vuestra Majestad ; y ahora que lo está , pensaba traerle mejorado , pidiendo licencia á vuestra Majestad , para que Isabela fuese esposa de mi hijo Ricaredo , y daros , alta Majestad , en los dos todo cuanto puedo daros . Hasta el nombre me contenta , respondió la reina ; no le faltaba mas sino llamarse Isabela la española , para que no me quedase nada de perfección que desear en ella ; pero advertid , Clotaldo , que sé que sin mi licencia la teniades prometida á vuestro hijo . Así es verdad , señora , respondió Clotaldo ; pero fué en confianza que los muchos y relevados servicios que yo y mis pasados tenemos hechos á esta corona , alcanzarían de vuestra Majestad otras mercedes mas dificultosas que las desta licencia : cuanto mas que aun no está desposado mi hijo . Ni lo estará , dijo la reina , con Isabela hasta que por sí mismo lo merezca ; quiero decir , que no quiero que para esto le aprovechen vuestros servicios , ni de sus pasados : él por sí mismo se ha de disponer á servirme , y á merecer por sí esta prenda , que yo la estimo como si fuese mi hija . Apenas oyó esta última palabra Isabela , cuando se volvió á hincar de rodillas ante la reina , diciéndole en lengua castellana : Las desgracias que tales descuentos traen , serenísima señora , antes se han de tener por dichas que por desventuras : ya vuestra Majestad me ha dado nombre de hija : sobre tal prenda ¿ qué males podré temer , ó qué bienes no podré esperar ? Con tanta gracia y donaire decía cuanto decía Isabela , que la reina se le aficionó en extremo , y mandó que se quedase en su servicio , y se la entregó á una gran señora , su camarera mayor , para que la enseñase el modo de vivir suyo . Ricaredo , que se vió quitar la vida en quitarle á Isabela , estuvo á pique de perder el juicio ; y así temblando y con sobresalto se fué á poner de rodillas ante la reina , á quien dijo : Para servir yo á vuestra Majestad no es menester incitarme con otros premios que con aquellos que mis padres y mis pasados han alcanzado por haber servido á sus reyes ; pero pues vuestra Majestad gusta que yo la sirva con nuevos deseos y pretensiones , querría saber en qué modo , en qué ejercicio podré mostrar que cumplo con la obligación en que vuestra Majestad me pone . Dos navíos , respondió la Reina , están para partirse en corso , de los cuales he hecho general al varón de Lansac : del uno dellos os hago á vos capitán ; porque la sangre de do venis me asegura que ha de suplir la falta de vuestros años ; y advertid á la merced que os hago , pues os doy ocasión en ella á que correspondiendo á quien sois , sirviendo á vuestra reina , mostréis el valor de vuestro ingenio y de vuestra persona , y alcanceis el mejor premio que á mi parecer vos mismo podeis acertar á deseáros : yo misma os seré guarda de Isabela , aunque ella da muestras que su honestidad será su mas verdadera guarda : id con Dios , que pues vais ena-

morado, como imagino, grandes cosas me prometo de vuestras hazañas: felice fuera el rey batallador que tuviera en su ejército diez mil soldados amantes, que esperaran que el premio de sus victorias había de ser gozar de sus amadas. Levantáos, Ricaredo, y mirad si teneis ó quereis decir algo á Isabela, porque mañana ha de ser vuestra partida. Besó las manos Ricaredo á la reina, estimando en mucho la merced que le hacia, y queriéndola hablar no pudo, porque se le puso un nudo en la garganta, que le ató la lengua, y las lágrimas acudieron á los ojos, y él acudió á disimularlas lo mas que le fué posible; pero con todo eso no se pudieron encubrir á los ojos de la reina, pues dijo: No os afrenteis, Ricaredo, de llorar, ni os tengais en ménos por haber dado en este trance tan tiernas muestras de vuestro corazón, que una cosa es pelear con los enemigos, y otra despedirse de quien bien se quiere: abrazad, Isabela, á Ricaredo, y dadle vuestra bendicion, que bien lo merece su sentimiento. Isabela, que estaba suspensa y atónita de ver la humildad y dolor de Ricaredo, que como á su esposo le amaba, no entendió lo que la reina le mandaba, ántes comenzó á derramar lágrimas tan sin pensar lo que hacia, y tan ciega y tan sin movimiento alguno, que no parecia sino que lloraba una estatua de alabastro. Estos afectos de los dos amantes, tan tiernos y tan enamorados, hicieron verter lágrimas á muchos de los circunstantes, y sin hablar mas palabra Ricaredo y sin haberle hablado alguna á Isabela, haciendo Clotaldo y los que con él venian reverencia á la reina, se salieron de la sala, llenos de compasion, de despecho y de lágrimas. Quedó Isabela como huérfana que acaba de enterrar sus padres, y con temor que la nueva señora quisiese que mudase las costumbres en que la primera la había criado. En fin, se quedó, y de allí á dos dias Ricaredo se hizo á la vela, combatido entre otros muchos de dos pensamientos que le tenian fuera de sí: era el uno considerar que le convenia hacer hazañas que le hiciesen merecedor de Isabela, y el otro que no podia hacer ninguna, si habia de responder á su católico intento, que le impedía no desenvainar la espada contra católicos, y si no la desenvainaba, habia de ser notado de cristiano, ó de cobarde, y todo esto redundaba en perjuicio de su vida y en obstáculo de su pretension. Pero en fin, determinó de posponer al gusto de enamorado el que tenia de ser católico, y en su corazón pedia al cielo le deparase ocasiones, donde con ser valiente cumpliese con ser cristiano, dejando á su reina satisfecha y á Isabela merecida. Seis dias navegaron los dos navios con próspero viento, siguiendo la derrota de las islas Terceras, paraje donde nunca faltan ó naves portuguesas de las Indias orientales, ó algunas derrotadas de las occidentales. Y al cabo de los seis dias les dió de costado un recisimo viento que en el mar Océano tiene otro nombre que en el Mediterráneo, donde se llama mediodía, el cual viento fué tan durable y tan recio, que sin dejarles tomar las islas, les fué forzoso correr á España; y junto á su costa, á la boca del estrecho de Gibraltar, descubrieron tres navios, uno poderoso y grande, y los dos pequeños: arribó la nave de Ricaredo á su capitana por saber de su general si queria embestir á los tres navios que se descubrian; y ántes que á ella llegase, vió poner sobre la gavia mayor un estandarte negro, y llegándose mas cerca, oyó que toca-

ban en la nave clarines y trompetas roncadas, señales claras ó que el general era muerto, ó alguna otra principal persona de la nave. Con este sobresalto llegaron á poderse hablar, que no lo habian hecho despues que salieron del puerto; dieron voces de la nave capitana diciendo que el capitán Ricaredo pasase á ella, porque el general la noche ántes había muerto de una apoplejia. Todos se entristecieron, si no fué Ricaredo que se alegró, no por el daño de su general, sino por ver que quedaba él libre para mandar en los dos navios; que así fué la orden de la reina, que faltando el general, lo fuese Ricaredo, el cual con presteza se pasó á la capitana, donde halló que unos lloraban por el general muerto, y otros se alegraban con el vivo: finalmente los unos y los otros le dieron luego la obediencia, y le aclamaron por su general con breves ceremonias, no dando lugar á otra cosa dos de los tres navios que habian descubierto, los cuales desviándose del grande, á las dos naves se venian. Luego conocieron ser galeras y turquescas, por las medias lunas que en las banderas traian, de que recibió gran gusto Ricaredo, pareciéndole que aquella presa, si el cielo se la concediese, sería de consideracion, sin haber ofendido á ningún católico. Las dos galeras turquescas llegaron á reconocer los navios ingleses, los cuales no traian insignias de Inglaterra, sino de España, por desmentir á quien llegase á reconocerlos, y no los tuviesen por navios de cosarios. Creyeron los turcos ser naves derrotadas de las Indias, y que con facilidad las rendirian. Fuéronse entrando poco á poco, y de industria los dejó llegar Ricaredo hasta tenerlos á gusto de su artillería, la cual mandó disparar á tan buen tiempo, que con cinco balas dió en la mitad de una de las galeras con tanta furia, que la abrió por medio toda; dió luego á la banda, y comenzó á irse á pique sin poderse remediar. La otra galera, viendo tan mal suceso, con mucha priesa le dió cabo, y le llevó á poner debajo del costado del gran navio; pero Ricaredo que tenia los suyos prestos y lijeros, que salian y entraban como si tuvieran remos, mandando cargar de nuevo la artillería, los fué siguiendo hasta la nave, lloviendo sobre ellos infinidad de balas. Los de la galera abierta así como llegaron á la nave la desampararon, y con priesa y celeridad procuraban acogerse á la nave. Lo cual visto por Ricaredo, y que la galera sana se ocupaba con la rendida, cargó sobre ella con sus dos navios, y sin dejarla rodear ni valerse de los remos, la puso en estrecho, que los turcos se aprovecharon ansimismo del refugio de acogerse á la nave, no para defenderse en ella, sino por escapar las vidas por entónces. Los cristianos, de quien venian armadas las galeras, arrojando las branzas y rompiendo las cadenas, mezclados con los turcos, tambien se recogieron á la nave, y como iban subiendo por su costado, con la arcabucería de los navios los iban tirando como al blanco; á los turcos no mas, que á los cristianos mandó Ricaredo que nadie los tirase. Desta manera casi todos los mas turcos fueron muertos, y los que en la nave entraron, por los cristianos que con ellos se mezclaron aprovechándose de sus mismas armas, fueron hechos pedazos; que la fuerza de los valientes cuando caen, se pasa á la flaqueza de los que se levantan: y así con el calor que les daba á los cristianos pensar que los navios ingleses eran españoles, hicieron por su libertad maravillas. Finalmente, habiendo muerto casi todos los turcos, algunos españo-

les se pusieron á bordo del navio, y á grandes voces llamaron á los que pensaban ser españoles, entrasen á gozar el premio del vencimiento. Preguntádoles Ricaredo en español que qué navio era aquel? respondieron que era una nave que venia de la India de Portugal, cargada de especería, y con tantas perlas y diamantes, que valia mas de un millon de oro, y que con tormenta había arribado á aquella parte, toda destruida y sin artillería, por haberla echado á la mar la gente enferma y casi muerta de sed y de hambre, y que aquellas dos galeras, que eran del cosario Arnaute Mamí, el dia ántes la habían rendido, sin haberse puesto en defensa, y que á lo que habian oido decir, por no poder pasar tanta riqueza á sus dos bajeles, la llevaban á jorro para meterla en el río de Larache, que estaba allí cerca. Ricaredo les respondió que si ellos pensaban que aquellos dos navios eran españoles, se engañaban, que no eran sino de la señora reina de Inglaterra, cuya nueva dió que pensar y que temer á los que la oyeron, pensando, como era razon que pensasen, que de un lazo habian caido en otro. Pero Ricaredo les dijo que no temiesen algun daño, y que estuviesen ciertos de su libertad, con tal que no se pusiesen en defensa. Ni es posible ponernos en ella, respondieron; porque, como se ha dicho, este navio no tiene artillería, ni nosotros armas: así que nos es forzoso acudir á la gentileza y liberalidad de vuestro general; pues será justo que quien nos ha librado del insufrible cautiverio de los turcos, lleve adelante tan gran merced y beneficio, pues le podrá hacer famoso en todas las partes, que serán infinitas, donde llegare la nueva desta memorable vitoria y de su liberalidad, más de nosotros esperada que temida. No le parecieron mal á Ricaredo las razones del español, y llamando á consejo los de su navio, les preguntó cómo haria para enviar todos los cristianos á España, sin ponerse á peligro de algun siniestro suceso, si el ser tantos les daba ánimo para levantarse. Pareceres hubo, que los hiciese pasar uno á uno á su navio, y así como fuesen entrando debajo de cubierta, matarles, y desta manera matarlos á todos, y llevar la gran nave á Londres sin temor ni cuidado alguno. A esto respondió Ricaredo: Pues que Dios nos ha hecho tan gran merced en darnos tanta riqueza, no quiero corresponderle con ánimo cruel y desagradecido, ni es bien que lo que puedo remediar con la industria, lo remedie con la espada; y así soy de parecer que ningún cristiano católico muera, no porque los quiero bien, sino porque me quiero á mí muy bien, y querría que esta hazaña de hoy ni á mí ni á vosotros, que en ella me habeis sido compañeros, nos diese, mezclado con el nombre de valientes, el renombre de crueles, porque nunca dijo bien la crueldad con la valentía: lo que se ha de hacer es que toda la artillería de un navio destes se ha de pasar á la gran nave portuguesa, sin dejar en el navio otras armas ni otra cosa mas del bastimento, y no lijando la nave de nuestra gente, la llevaremos á Inglaterra, y los españoles se irán á España. Nadie osó contradecir lo que Ricaredo había propuesto, y algunos le tuvieron por valiente y magnánimo y de buen entendimiento; otros le juzgaron en sus corazones por mas católico que debía. Resuelto pues en esto Ricaredo, pasó con cincuenta arcabuceros á la nave portuguesa, todos alerta y con las cuerdas encendidas: halló en la nave casi trecientas personas, de las que habian escapado

de las galeras: pidió luego el registro de la nave, y respondióle aquel mismo que desde el borde le habló la vez primera, que el registro le había tomado el cosario de los bajeles, que con ellos se había ahogado. Al instante puso el torno en orden, y acostando su segundo bajel á la gran nave, con maravillosa presteza y con fuerza de fortísimos cabestrantes, pasaron la artillería del pequeño bajel á la mayor nave: luego haciendo una breve plática á los cristianos, les mandó pasar al bajel desembarazado, donde hallaron bastimento en abundancia para mas de un mes y para mas gente; y así como se iban embarcando, dió á cada uno cuatro escudos de oro españoles, que hizo traer de su navio, para remediar en parte su necesidad cuando llegasen á tierra, que estaba tan cerca, que las altas montañas de Avila y Calpe desde allí se parecian. Todos le dieron infinitas gracias por la merced que les hacia, y el último que se iba á embarcar fué aquel que por los demas había hablado, el cual le dijo: Por mas ventura tuviera, valeroso caballero, que me llevaras contigo á Inglaterra, que no que me enviaras á España, porque aunque es mi patria, y no habrá sino seis dias que della partí, no he de hallar en ella otra cosa que no sea de ocasiones de tristezas y soledades mías: sabrás, señor, que en la pérdida de Cádiz, que sucedió habrá quince años, perdí una hija que los ingleses debieron de llevar á Inglaterra, y con ella perdí el descanso de mi vejez y la luz de mis ojos, que despues que no la vieron, nunca han visto cosa que de su gusto sea: el grave descontento en que me dejó su pérdida y la de la hacienda, que tambien me faltó, me pusieron de manera, que ni mas quise, ni mas pude ejercitar la mercadería, cuyo trato me había puesto en opinion de ser el mas rico mercader de toda la ciudad: y así era la verdad, pues fuera del crédito, que pasaba de muchos centenares de millares de escudos, valia mi hacienda dentro de las puertas de mi casa mas de cincuenta mil ducados: todo lo perdí, y no hubiera perdido nada, como no hubiera perdido á mi hija: tras esta general desgracia, y tan particular mia, acudí á la necesidad á fatigarme hasta tanto que no pudiéndola resistir, mi mujer y yo, que es aquella triste que allí está sentada, determinamos irnos á las Indias, comun refugio de los pobres generosos; y habiéndonos embarcado en un navio de aviso seis dias ha, á la salida de Cádiz dieron con el navio estos dos bajeles de cosarios, y nos cautivaron, donde se renovó nuestra desgracia y se confirmó nuestra desventura; y fuera mayor si los cosarios no hubieran tomado aquella nave portuguesa, que los entretuvo hasta haber sucedido lo que él había visto. Preguntóle Ricaredo cómo se llamaba su hija. Respondióle que Isabela. Con esto acabó de confirmarse Ricaredo en lo que ya había sospechado, que era, que el que se lo contaba era el padre de su querida Isabela; y sin darle algunas nuevas dellá, le dijo que de muy buena gana llevaria á él y á su mujer á Londres, donde podria ser hallasen nuevas de la que deseaban: hizolos pasar luego á su capitana, poniendo marineros y guardas bastantes en la nao portuguesa. Aquella noche alzaron velas, y se dieron priesa á apartarse de las costas de España, porque el navio de los cautivos libres (entre los cuales tambien iban hasta veinte turcos, á quien tambien Ricaredo dió libertad, por mostrar que mas por su buena condicion y generoso ánimo se mostraba liberal, que por forzarle